



CARTA PASTORAL

SOBRE EL SEMINARIO DIOCESANO

¡Deja tus redes y sígueme!
(cf. Mt 4,19).

+ J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

CARTA PASTORAL
SOBRE EL SEMINARIO DIOCESANO
“¡Deja tus redes y sígueme!” (cf. Mt 4,19).



Saludo con cordial afecto a los sacerdotes.

A los miembros de la vida consagrada, agentes de pastoral, profesores y profesoras, catequistas.

A los niños y jóvenes de nuestra Diócesis, a los padres y madres de familia y a todo el Pueblo santo de Dios.

Mis queridos hermanos y hermanas:

Bajo el lema “**¡Deja tus redes y sígueme!**”, idea que se ha entresacado del Evangelio de Mt 4,19, vamos a celebrar, un año más, el ***Día del Seminario***, que en nuestra Iglesia particular trae consigo además el gozo y la esperanza de la ordenación de tres nuevos diáconos. Este acontecimiento es un don de Dios que nos invita a una mayor generosidad y respuesta al querer del *Señor, Dueño de la mies*, sobre cada uno de nosotros y sobre esta Iglesia particular. Tres nuevos diáconos, en estos momentos de la vida de la Iglesia en nuestro país, supone que el Seminario –a través de esas dos casas de formación, que son como los dos pulmones de la misma realidad: el ***Seminario Mayor Diocesano “Divino Maestro”*** y el ***Seminario Mayor Diocesano, Internacional y Misionero “Redemptoris Mater”***– sigue cumpliendo el objetivo para el cual existen.

1.- Dejar las redes

En sentido evangélico, dejar las redes supone, dejar el oficio o el trabajo profesional, el sustento material, la seguridad que da el *estar situados en la orilla del mar*, olvidarse del pasado y lanzarse, fiados en la

llamada de Jesús, como lo hicieron los primeros discípulos ¡*mar adentro* para la pesca!. Sin embargo, en la actualidad: *dejar las redes* supone también, sobre todo en el caso de los jóvenes, abandonar todo aquello que supone estar atados o sometidos al control de lo que podemos denominar *ecosistema mediático*, que tantas veces aplasta y condiciona la vida de las personas. Toda esa compleja realidad que nos envuelve por todas partes – y que ya llevamos *en el bolsillo de nuestra propia existencia*– llega incluso a coartar la propia libertad, porque todos estos medios, si no se saben usar de manera inteligente, merman la capacidad para poder escuchar al Señor, que habla siempre en *lo más íntimo de nuestra intimidad*¹ y en el silencio. Es en esta situación en donde se puede descubrir el querer de Dios.

Tenemos la certeza de que el Señor sigue llamando y que esa invitación puede revestir muchos matices. Uno de ellos es seguirle como ese discípulo muy amado del único y verdadero Maestro al que se le concede el regalo de la vocación sacerdotal. El don del sacerdocio es esa realidad grande y hermosa que el Buen Dios concede a su Iglesia y es Ella la que, a su vez, en fidelidad a Cristo, se lo concede a alguno de sus hijos. Los que reciben la vocación sacerdotal son unos privilegiados, pero esto no quiere decir que sean mejores y con más cualidades que los demás bautizados, sino que son afortunados porque la mirada de Dios se posó sobre ellos a través de la llamada mediadora de la Iglesia. El sacerdocio no es un premio para los perfectos, sino un don –siempre inmerecido– para el servicio de los hermanos.



¹ Cf. SAN AGUSTIN, *Confesiones*, III, 6,11.

2.- El camino hacia el ministerio ordenado

La vocación sacerdotal es una aventura fascinante y, si cabe, hoy lo es más que antes, porque en la sociedad contemporánea el sacerdote es más necesario que nunca. A pesar de lo que nos puedan decir ciertos medios, en ocasiones subrayando de manera insistente lo negativo o doloroso que pudo acontecer en la vida de algún sacerdote y, haciendo que nos olvidemos de que la gran mayoría de los sacerdotes siguen siendo un referente para mucha gente. Sigue siendo cierto que “un árbol que cae hace más ruido que el bosque que crece” y, a veces, ese árbol nos impide ver el bosque. Sin embargo, el sacerdote es la persona que está presente y sigue siendo un referente en el mundo rural y en nuestras villas, y también en los barrios de nuestra ciudad. Es aquel que no se olvida de visitar y atender a los fieles, muchos de ellos ancianos, enfermos y otros que viven solos. Es aquel que lleva con frecuencia el consuelo de los sacramentos.

Además de todo esto, a pesar de los pesares –y luchando contra muchos imponderables, tantas veces injustificados–, nuestros sacerdotes siguen organizando peregrinaciones, campamentos, convivencias, encuentros de grupos jóvenes y menos jóvenes. Los sacerdotes siguen apostando por *lanzar las redes* (cf. Jn 21,3) y *remar mar adentro* (Lc 5,4). Es verdad que vivimos en un mundo neopaganizado en sus costumbres, erotizado de tal modo que, tantas veces, estos procesos llegan a dañar hasta la estructura más íntima de la personalidad, no sólo de nuestros niños y adolescentes, sino también de las personas de más edad y, lo doloroso y desconcertante, es que todo esto viene presentado como la panacea de una supuesta auténtica liberación personal, como un camino de progreso social, cuando en realidad se está comprobando que es causa de muchos trastornos y deterioros en la personalidad de tantas personas. En esta sociedad tan secularizada e indiferente ante el hecho religioso católico, también en nuestra Galicia², el sacerdote, que se presenta como testigo misionero, sigue siendo un agente cuya presencia en medio de nuestra gente y en nuestros pueblos no pasa desapercibida. Goza de un especial reconocimiento que, con el paso del tiempo se está revalorizando en cuanto a su servicio, sobre todo cuando este está bien realizado y es muestra coherente de su fe y de su fidelidad a Jesucristo y a la Iglesia. Cuando más fiel es el sacerdote, más se le quiere y se le aprecia.

² Cf. *Barómetro sobre Religión y Creencias en España*. Informe de resultados 2025 pp. 63, 76, 85.

Cuando uno de nuestros jóvenes percibe que se siente llamado por el Señor, las primeras dificultades con las que se tiene que enfrentar se encuentran en su entorno inmediato, a veces son sus propios familiares, en ocasiones incluso pueden ser personas cercanas a la Iglesia; otras veces son los propios compañeros y amigos. Si con fortaleza sigue adelante en su camino vocacional, acogido y ayudado por algún sacerdote –sin esta mediación es imposible que una vocación vaya adelante–, se abren para él las puertas de ese centro de formación que es el Seminario Mayor. Esta institución no es una estructura administrativa ni un recuerdo glorioso de otros tiempos, que algunos rememoran con nostalgia, otros piensan que ya no existe, que es un geriátrico, que cerró sus puertas o se trasladó a otro lugar. El Seminario no es sólo ese edificio emblemático que nos sorprende en lo alto del monte Ervedelo, que hace años estaba lleno de “vocaciones”. Es el **corazón de la Diócesis** en donde se forman aquellos que van a ser pastores de las comunidades cristianas que se encuentran expandidas por la geografía de nuestra Diócesis. Cada uno de esos jóvenes, con sus historias particulares y sus raíces familiares, después de un largo proceso de formación y de discernimiento, un día, si Dios quiere, serán pastores según el Corazón de Cristo y el querer de la Iglesia. Los futuros sacerdotes están llamados a hacer presente en el mundo el amor misericordioso de Jesucristo, especialmente a través de los sacramentos de la Eucaristía, la Penitencia y la Unción.

En el Seminario Mayor, como casa de formación se conjugan la vida comunitaria, la oración personal y comunitaria, el estudio, el deporte, las charlas de formación complementarias a las tareas académicas, regladas de acuerdo con el régimen de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca. El Seminario es el *Presbiterio Diocesano en gestación*, de ahí salen aquellos que, junto con el Obispo y los demás sacerdotes, formarán esa fraternidad sacerdotal al servicio de esta Iglesia particular. El Seminario no es una institución aislada sino que está muy vinculada al Obispo y al Presbiterio Diocesano que es como una gran familia constituida por aquellos que en virtud del Sacramento del Orden están vinculados por una fraternidad que brota del hecho sacramental de la ordenación sacerdotal; de ahí que en el Seminario se formen a los seminaristas en esta dimensión que va a ser constitutiva de su propia existencia y mientras se forman tienen que ir desarrollando ese germen de la fraternidad sacramental. Además, los seminaristas viven insertos en medio del Pueblo santo de Dios, tal y como nos ha pedido el último Sínodo, ya que el ministerio sacerdotal es esencialmente relacional. El

sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio común y así intenta vivirse ya desde el Seminario a través de la labor pastoral, el contacto con experiencias de caridad y misión, los encuentros con diversos grupos eclesiales, la colaboración de los fieles laicos y religiosos en la formación, y la inserción paulatina en las diversas estructuras pastorales de la Iglesia.



3.- El Seminario: un bien imprescindible para la Diócesis

Una Iglesia particular que cuida y se preocupa por el Seminario está invirtiendo en su futuro. Sé que en los últimos años se habló del Seminario, de su viabilidad, de si es conveniente o no mantenerlo en la Diócesis o llevarlo a otro lugar. Los momentos son complejos y las soluciones que se nos presentan son muchas. Sin embargo, tener un ***Seminario propio*** no es un lujo, sino una responsabilidad y una gracia que todos debemos de cuidar y priorizar en nuestras acciones pastorales, desde el Obispo hasta el último sacerdote ordenado, desde los padres y madres de familia hasta los mismos docentes que son unos privilegiados ya que son ellos los que tienen en sus aulas, durante muchas horas al día, a nuestros niños y jóvenes. Es esta una gran responsabilidad y quisiera que fuésemos más conscientes de esta realidad. El Seminario garantiza una formación arraigada en la realidad concreta de nuestra Iglesia diocesana, fortalece la identidad y la ilusión del Presbiterio y asegura pastores que conocen, aman y sirven a su propio pueblo. Para el Presbiterio Diocesano el Seminario es su hogar de origen, en el que nacieron las amistades sacerdotales y donde se forjó la fraternidad que sostiene el ministerio. Para los sacerdotes, el Seminario sigue siendo referencia espiritual y

pastoral. Para los fieles laicos –niños, jóvenes, familias– el Seminario es un signo visible de que ***Dios sigue llamando***.

El mismo edificio es un reclamo. He podido constatar que incluso en aquellas Diócesis en donde por diversas circunstancias tuvieron que trasladar sus seminaristas a otros centros, ya sea a una determinada Facultad de Teología, a un Seminario Regional o Interdiocesano, a pesar de que el centro de formación deja de tener actividad, sin embargo, el edificio que a lo largo de la historia fue el centro que acogió a los seminaristas, sigue llamándose “Seminario”. Parece que esa denominación fuese un despertador de la conciencia vocacional y un reclamo de que si en otro momento fue una realidad viva, también ahora sigue siendo imprescindible y si todos luchamos por mantenerla, volverá a revivir de nuevo. Quizás no serán tantas las vocaciones como en un pasado reciente –y es imposible que lo sean con la realidad demográfica que vivimos–, pero sí una pequeña comunidad que, con su presencia alegra la vida de la Iglesia local al verlos participar en los acontecimientos diocesanos y llenan a laicos, religiosos y sacerdotes de esperanza y optimismo. Por otra parte, la existencia de estas pequeñas comunidades formativas nos recuerda que la vocación no es algo extraordinario reservado a unos pocos, sino una posibilidad real en la vida de nuestros niños y jóvenes, también en la existencia de algunos jóvenes profesionales.

4.- El Seminario a la luz del Documento final del Sínodo

Como bien sabemos, porque nos lo están recordando con frecuencia en casi todos los encuentros –y es la referencia de la formación permanente del clero en este curso–, el *Documento final del Sínodo sobre la sinodalidad* (octubre de 2024) subraya que toda la Iglesia está llamada a vivir la **comunión**, la **participación** y la **misión**. En este horizonte, el Seminario no puede ser una institución aislada, sino profundamente insertada en la vida del Pueblo de Dios. De ahí que este documento nos recuerda que en el Seminario se debe subrayar:

a) La necesidad de una formación integral, es decir, que abarque los aspectos: humana, espiritual, intelectual y pastoral.

b) La importancia del acompañamiento personal, que supone por parte del candidato al ministerio ordenado sinceridad y sencillez de

corazón y apertura a la gracia de Dios para que se deje iluminar en su camino de discernimiento. Cuando en el Seminario se mantienen las apariencias y se enmascara la realidad de la existencia, el vocacionado, sin pretenderlo, está abocado al fracaso.

c) El Seminario, como responsable en nombre de la comunidad diocesana, de la formación y del discernimiento de la vocación sacerdotal, debe ser consciente de que aunque las necesidades de sacerdotes sean patentes, lo urgente no consiste en “ordenar a muchos” sino que la urgencia está en formar pastores capaces de escuchar, discernir y caminar con el pueblo, en unión con el Obispo y con el Presbiterio de esta Iglesia concreta.

d) Además, me atrevería a decir que el Seminario, y de manera especial los seminaristas, tienen una grave corresponsabilidad, junto con todas las comunidades cristianas: parroquias, grupos, movimientos, asociaciones, etc., en llevar a cabo una valiente pastoral vocacional.

e) El Seminario, es esa institución eclesial en la que se debe respirar un auténtico espíritu sinodal: apertura, diálogo, inserción pastoral, cercanía a las realidades humanas y sociales de nuestra Diócesis. Si los formadores y los seminaristas no viviesen en esta tensión existencia y eclesial el Seminario no cumpliría con su cometido.

5.- El Seminario hacia afuera: una casa abierta

Si hace medio siglo el Seminario poseía un talante casi monástico, en donde se vivía un espíritu “cuartelario”, como un centro alejado del mundo y distante del pulso de la sociedad, hoy en día, ese planteamiento sería insostenible y pedagógicamente errado. Desde hace tiempo el Seminario ya no es una institución eclesial que vive de espaldas a la Diócesis, a la sociedad, al mundo y a las necesidades y problemas de nuestra gente; todo lo contrario, está llamado a proyectarse hacia afuera. Esta realidad se ha vivido de múltiples maneras, sin embargo, en la actualidad me interesa subrayar alguna de ellas que debemos seguir implementando y no dejarnos llevar del pesimismo aunque no se consigan los resultados deseados:

a) Encuentros vocacionales. Desde hace unos años se ha intentado abrir el Seminario como institución para darse a conocer, de manera especial a las parroquias y demás comunidades y grupos apostólicos. En

los últimos cursos, las distintas Delegaciones Episcopales que se preocupan de niños y jóvenes, junto con el Seminario y los seminaristas, han llevado a cabo una dinámica de “puertas abiertas”, y deben seguir haciéndolo. Con esta actividad se pretende que niños, adolescentes, universitarios, alumnos de formación profesional y jóvenes profesionales puedan vivir un día de convivencia en el Seminario Mayor, en donde se procura combinar lo lúdico y lo espiritual, pero sobre todo conocer el Seminario y a los que en él viven y se forman de tal modo que puede ser el cauce adecuado en donde se les puede plantear sin miedos: “*Señor, ¿qué quieres de mí?*”. Esta posibilidad del Seminario hacia afuera y los encuentros que en el Seminario se llevan a cabo no serán factibles si los responsables de nuestras comunidades cristianas, los sacerdotes, los catequistas y profesores no colaboran más y mejor invitando a aquellos muchachos a los que les puede servir entrar en contacto con el Seminario.

b) Ministerios y Ordenaciones. Una de las actividades que en el Seminario se procura cuidar son esos momentos especiales a lo largo del curso en el que tienen lugar la institución, de los Ministerios del Lectorado y del Acolitado, el Rito de Admisión a las Sagradas Órdenes, así como a las Ordenaciones de Diáconos y Presbíteros. Son actos a lo que debería acudir todo el Presbiterio Diocesano; son siempre acontecimientos eclesiales de primer orden que afectan a toda la comunidad diocesana y a las familias de los que reciben esos ministerios; sin embargo, se procura cuidar y potenciar la invitación a los niños y jóvenes al Seminario; se les prepara con una convivencia previa, con unas catequesis adecuadas, se les ofrece la posibilidad de vivir el Sacramento de la Penitencia y se les invita a que participen en la liturgia desempeñando algún servicio litúrgico. Este año, el 14 de marzo, ordenaré a tres nuevos diáconos y –Dios mediante– el 30 de mayo a tres nuevos presbíteros. Es un año de gozo y gratitud que nos llena de esperanza e invito a todo el Presbiterio Diocesano y a toda la Diócesis a acoger con el corazón abierto a los nuevos ordenandos. Pero no podemos “dormirnos en los laureles” en una intensa campaña que siga promoviendo nuevas vocaciones sacerdotales que vengan a ocupar los lugares que dejan vacíos los que son ordenados.

c) Colaboración material y becas. Hace no muchos años, potenciado por los párrocos y también por los catequistas y profesores –en especial por las profesoras– se hacía presente el Seminario no sólo en el “Día del Seminario”, sino a lo largo de todo el curso y esto generaba una clara actitud de presencia, cercanía y afecto hacia esta institución diocesana.

Esta dinámica generaba en algunas personas un sentimiento proximidad hacia los problemas inmediatos y cotidianos que afectaban a la vida y al mantenimiento del Seminario. ¡Cuántas becas para los seminaristas! ¡Cuántas ayudas para la biblioteca del Centro académico! ¡Qué generosa era la campaña que se hacía en todas las parroquias y colegios en favor del Seminario! ¡Cuántas herencias de las que hoy se sigue viviendo! Mantener el Seminario y sus instalaciones, así como procurar que funcione correctamente el *Instituto Teológico “Divino Maestro”*, –centro académico de rango universitario donde estudian filosofía y teología los seminaristas y aquellos laicos y religiosas preocupados en adquirir una formación más intensa que le sirve para vivir su fe y ejercer cualquier ministerio adecuadamente–. Antes, no hace mucho tiempo, esto se vivía con naturalidad: becas, ayudas, legados testamentarios, la colecta del “Día del Seminario” no falta en ninguna parroquia, aunque fuese muy pequeña. Se me puede objetar que ¡antes había muchos seminaristas y ahora hay pocos! Sin embargo, es necesario decir que, prácticamente, los gastos son casi los mismos si hay 25 seminaristas, que antes cuando había 79. Mantener las instalaciones, el equipo formador, el claustro de profesores, la biblioteca, el mantenimiento ordinario, la vida académica y pastoral requieren estabilidad y compromiso. Nuestros mayores sabían que “invertir” en una ayuda al Seminario era una inversión en pastoral y, si me lo permitís, también de eternidad.

Como sabéis, en los actos litúrgicos del Seminario se reza por los protectores y mecenas del Seminario, y esa actitud que la viven desde seminaristas, cuando se ordenan sacerdotes saben que tienen un deber moral de pedir por aquellas que han ayudado con sus oraciones y bienes materiales al Seminario. Todas las semanas se reza en el Seminario por los bienhechores vivos y difuntos y, una vez al mes, en el Seminario Divino Maestro se ofrece una Eucaristía de difuntos por todos los que fueron bienhechores y han pasado ya a la eternidad, así como no falta una Eucaristía cada 2 de noviembre –Commemoración de Todos los Fieles Difuntos– en el Seminario por todos los bienhechores difuntos.

En la estela de este camino de generosidad, se lanza ahora la campaña “*Amigos del Seminario*”, una red de colaboradores que espiritual y materialmente quieran contribuir con el mantenimiento de los Seminarios diocesanos. Animo vivamente a todos los fieles a ser generosos e implicarse en esta iniciativa así como a todas las parroquias que puedan, que se planteen la posibilidad de becar a un seminarista.







6.- El regalo del Seminario “Redemptoris Mater” y la colaboración misionera

Junto al Seminario Mayor Diocesano “Divino Maestro”, no debemos olvidar la existencia del Seminario Mayor Diocesano, Misionero e Internacional “Redemptoris Mater”. Hace ya doce años que la Diócesis de Ourense cuenta con la presencia de un grupo de jóvenes de las comunidades del Camino Neocatecumenal que se están formando para ser sacerdotes diocesanos. Su Seminario, en Beiro, es un regalo de la Providencia.

La existencia de este nuevo Seminario Mayor diocesano enriquece la toda la vida diocesana, potencia la comunión eclesial, acrecienta la conciencia de catolicidad en el Presbiterio y es un estímulo para el Instituto Teológico y para el Seminario Mayor “Divino Maestro”. El espíritu de fraternidad y comunión entre ambos Seminarios Mayores es un testimonio que no se ve en todas las Diócesis: juntos asisten a clases y comparten momentos de ocio, juntos realizan los ejercicios espirituales anuales y otros retiros a lo largo del año, juntos reciben charlas de formación y tienen alguna convivencia, juntos participan en eventos diocesanos y alegran las celebraciones litúrgicas con su presencia y buen hacer, y juntos van así forjando el futuro Presbiterio diocesano, con una apertura mayor a la universalidad de la Iglesia.

Ayudemos también a que el Seminario “Redemptoris Mater” sea más conocido y se colabore también con él. Los sacerdotes que de él salen son sacerdotes que se incardinan en la Diócesis de Ourense. Gracias a Dios

contamos ya –en este breve período de existencia de este Seminario– con cuatro nuevos y jóvenes presbíteros y ahora dos nuevos diáconos que he podido ordenar en estos años.

Al mismo tiempo, desde hace un par de años el Seminario Mayor “Divino Maestro” ha abierto sus puertas a acoger –a petición de sus respectivos Obispos– a algunos seminaristas procedentes en concreto de dos Diócesis latinoamericanas: la Diócesis de “El Tigre” en Venezuela y la Diócesis de “El Banco-Magdalena” en Colombia. Contamos actualmente en el Divino Maestro con un seminarista de la primera Diócesis y dos seminaristas de la segunda. Ellos se forman en nuestro Seminario y estudian en nuestro Instituto Teológico, para regresar como presbíteros a servir en sus Diócesis. De este modo, estamos prestando un servicio a la Iglesia universal, viviendo un concreto compromiso misionero y enriqueciendo aún más la experiencia formativa de nuestros seminaristas. Además, Ourense está así presente más allá de nuestras fronteras y forma parte ya de la vida de otras Iglesias particulares: ¡seremos pobres, pero somos generosos! Ojalá todos contribuyamos a poder seguir soñando los sueños de Dios que no conocen distinciones de raza, lengua, pueblo y nación.



7.- El Colegio-Seminario Menor “A Inmaculada”

En la sociedad actual la Iglesia sigue apostando por estar presente en el ámbito educativo. Todos sabemos que educar nunca ha sido una tarea fácil. Es un trabajo de mucha paciencia y de santos; pero si antes era

difícil, hoy educar y formar bien se ha convertido en un acto de coraje y de una cierta valentía. Todos lo sabemos muy bien. Cada día educamos en medio de una creciente confusión doctrinal y también de contenidos culturales, de sentimentalismos decadentes, de presiones ideológicas omniabarcantes, de apuestas ilimitadas por las técnicas tecnológicas y de una cultura educativa que huye de todo lo que supone esfuerzo y espíritu de sacrificio. En este sentido, la Diócesis de Ourense apostó por la promoción del **Colegio-Seminario Menor “A Inmaculada”**. Esta institución ya había sido adaptada y configurada por mis predecesores como Colegio-Seminario. La competencia entre los centros, debido a la baja natalidad es un hecho. El Colegio-Seminario no está planteado para competir con ningún centro académico de su ámbito. Nuestra apuesta es ofrecer a toda la comunidad diocesana no sólo un ámbito educativo y formativo de los niños y adolescentes, sino un espacio para llevar a cabo esta apuesta por la tarea pastoral de la gente joven.

El Colegio-Seminario Menor “A Inmaculada” articula su propuesta educativa en torno a tres ejes complementarios e inseparables: el **proyecto académico**, el **pastoral** y el de **orientación vocacional**. El primero garantiza una formación intelectual seria y exigente, acorde con los estándares educativos actuales; el segundo impregna la vida del centro de una identidad cristiana explícita; y el tercero ofrece un marco sistemático de discernimiento para quienes comienzan a preguntarse por el sentido último de su existencia. Estos tres ámbitos no se superponen de manera accidental, sino que se integran en una propuesta unitaria en la que educar es evangelizar y formar es acompañar.

En el corazón de este proyecto se encuentra el acompañamiento personal de cada alumno. No se limitan a transmitir contenidos académicos, sino que se busca favorecer un crecimiento integral que abarque todas las dimensiones de la persona: humana, espiritual, intelectual, afectiva y social. Cada joven es acogido en su singularidad, con su historia concreta y sus inquietudes, y es acompañado de manera cercana y constante por educadores, formadores y director espiritual, en diálogo permanente con la familia. Esta atención personalizada permite no sólo un adecuado desarrollo académico, sino también una orientación vocacional serena, libre y responsable, respetuosa con los tiempos y procesos de cada uno.

El Colegio-Seminario Menor se configura, así, como un cauce privilegiado de pastoral juvenil y vocacional en nuestra Iglesia particular. En él se cultiva una auténtica pastoral del cuidado: cuidado de la fe naciente, de los procesos interiores, de las fragilidades propias de la adolescencia y de las preguntas profundas que habitan el corazón del joven. Más que una alternativa académica, es una casa abierta donde la vocación se presenta como horizonte de toda vida cristiana y donde se promueve una verdadera cultura vocacional. Con este proyecto, la Diócesis quiere responder de manera concreta y responsable a lo que la Iglesia nos está pidiendo en este momento histórico a través de sus distintos documentos y orientaciones pastorales: poner a la persona en el centro, acompañar los procesos, cuidar lo esencial y ayudar a nuestros jóvenes a descubrir con esperanza el sentido y la misión de su vida.

Necesitamos descubrirlo y presentarlo como lo que es: una oportunidad, no una rareza; una propuesta seria y actual; un espacio educativo plenamente vigente. No es una institución anclada en el pasado. Existe hoy, vive, forma y acompaña. ¡Sigamos haciéndolo posible juntos!

7.- ¡Una llamada a toda la Diócesis!

No quisiera que esta campaña del ***Día del Seminario*** fuese entendida como la de un año más, sino, todo lo contrario, os rogaría que lo plantearais como una nueva oportunidad que nos concede el Buen Dios para que crezca nuestra apuesta por esta institución diocesana que es el Seminario: ¡los tres Seminarios diocesanos! Las dificultades que conlleva este “invierno” vocacional, afectan tanto a las vocaciones sacerdotales como aquellas de la vida consagrada, y también me atrevería a decir, que igual o mayor dificultad están experimentando las vocaciones al matrimonio cristiano, y no sólo eso, sino que los graves desajustes económicos sociales, las necesidades crecientes que experimentan tantos de nuestros conciudadanos, tal como nos lo refiere Cáritas, nos llevan a una situación no fácil de cara al sostenimiento de nuestros Seminarios. Como Iglesia Diocesana que siente como propio el Seminario y que sabe que estas instituciones que ponen rostro a la realidad vocacional que es una apuesta de futuro, debemos comprometernos y apoyar, como siempre se ha hecho en nuestra Diócesis, al Seminario.

Son muchas las formas y maneras que podemos llevar a cabo para plasmar, de manera muy concreta, nuestra apuesta por el futuro

vocacional que es garantía de la vitalidad de nuestra gran familia diocesana. Me atrevería a subrayar varios aspectos:

a) Oración constante. La oración es un arma poderosa que el *Dueño de la mies* ha puesto en nuestras manos y en nuestro corazón. No sólo nuestra oración personal y diaria, en la que no debe faltar una plegaria por las vocaciones. Sin oración no hay vocaciones. Es necesario que en cada parroquia se rece por el Seminario. Es bueno acoger los modelos de oraciones de los fieles que la *Delegación para el Seminario* hizo llegar a todos. Ningún día, ninguna Eucaristía, ninguna Liturgia de las Horas en la que no hagamos una oración por el Seminario y las vocaciones. Fomentemos también la adoración eucarística de los jueves como día vocacional por los sacerdotes y por el Seminario.

b) Visibilizar su presencia. Para algunos de nuestros conciudadanos el Seminario es algo del pasado que existe sólo como un vestigio romántico de épocas pretéritas y de eso solo quedan los edificios. A veces, nos encontramos algunos creyentes que piensan que ya no “funciona” y si cabe, lo consideran como una entidad cerrada en sí mismo sin ninguna repercusión ni presencia en la sociedad actual. Es imprescindible visibilizar el Seminario, hacer que tenga una resonancia especial en la existencia cotidiana de nuestras comunidades cristianas y en las villas y ciudades. Ojalá nos dejasen hacernos presentes en los colegios. Cualquier ámbito educativo, ya sea de secundaria, bachillerato, formación profesional o universitaria, son todos lugares en donde debemos hacer presente el mundo fascinante de la vocación sacerdotal. A nivel parroquial, de grupos, movimientos y asociaciones apostólicas no debe faltar la catequesis adecuada sobre la llamada de Dios y la respuesta a la que estamos invitados.

c) Invitar personalmente a que conozcan el Seminario, es bueno que nos adolescentes y jóvenes puedan participar en las *Convivencias Vocacionales* que se organizan con frecuencia a lo largo del año. Es bueno que los seminaristas, y también los sacerdotes, manifiesten con alegría su vocación sacerdotal y se conviertan de este modo en un reclamo del amor de Dios que siempre ha fascinado el corazón de los hombres a lo largo de la historia. En el momento actual también sería bueno que entre las opciones académicas, de nivel universitario, que podemos ofertar a nuestros jóvenes serían los estudios filosófico-teológicos que se puede cursar en el Instituto Teológico “Divino Maestro”, centro afiliado a la

Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca y hacerles descubrir las salidas profesionales que de esos estudios se derivan, también en el ámbito civil.

d) Colaboración económica. Desde el primer momento de su existencia el Seminario siempre ha sido una institución que ha suscitado en sacerdotes y en muchos fieles laicos comprometidos, una preocupación por ayudar a la Iglesia Diocesana en el mantenimiento de estos edificios que, debido a las circunstancias estructurales de la época en la que nacieron, acostumbra a ser construcciones especialmente de grandes dimensiones y muy costosas a la hora de su mantenimiento y puesta al día. En algunos lugares se les ha dado alguna función alternativa, en otros, prácticamente se encuentran hipotecados porque se han destinado para otras misiones. En nuestra Diócesis, a pesar de las dificultades, estamos manteniendo estos edificios y nos esforzamos por darles la mayor viabilidad posible, sabiendo que para las tareas pastorales y formativas de niños y jóvenes no debemos regatear esfuerzos. Son muchas las modalidades en las que se puede concretar la ayuda económica a nuestro Seminario: potenciar la colecta del Día del Seminario que normalmente se realiza en los domingos anterior o posterior a San José, y en el mismo día de la solemnidad. Es bueno que los pastores tengan la iniciativa creativa para trasladar la realización de esta colecta a otros domingos del año, o a un día de las fiestas patronales, en los que asisten más fieles a la Eucaristía. Otra manera de ayudar es becar a un seminarista determinado de cualquiera de los Seminarios Diocesanos. En algunas comunidades, sobre todo bajo la supervisión de alguna persona, especialmente sensible a las vocaciones sacerdotales, con ocasión de los “jueves sacerdotales” o de algún acto eucarístico en el que se pide por el Seminario, también llevan a cabo una motivación para ayudar al Seminario o bien a la Obra de las Vocaciones. También debemos patrocinar la compra de material didáctico y de manera especial ayudar a la actualización de la Biblioteca “Auriense”, antigua biblioteca del Seminario Mayor que hoy está vinculada y sirve al Instituto Teológico “Divino Maestro” que, sin ninguna duda, es el ente bibliotecario de la provincia más importante en el ámbito del saber teológico. Con nuestra generosidad, no solo sostenemos un edificio, o una estructura más, sino que llevamos a cabo un gran misión eclesial.



Conclusión: “¡Deja tus redes y sígueme!”

Como a los primeros discípulos de los que se nos habla en el Evangelio de San Juan (cf. 21,1-19), el Señor nos sigue preguntando a cada uno de nosotros: “¿*Me amas?*”. Y la verdad es que nos sentimos amados por ese Dios de la misericordia que nos “*primerea en el amor*” y nos confía una gran misión: bien para acoger la llamada del Señor o bien responder con lo que tenemos, aunque sea poco, apoyando la imprescindible labor de la formación de aquellos que como don de Dios a la Iglesia, han recibido la vocación sacerdotal.

Hoy el Señor sigue pasando a la vera del camino de nuestra vida y tal vez está mirando con una ternura infinita el corazón de un niño; quizás está iluminando y llenando de esa sana inquietud³ a ese universitario, o a aquel joven profesional, en los que se repite, una vez más aquel *Ven y sígueme* evangélico (Lc 18, 22), que no pierde la fuerza, a pesar de los

³ Cf. SAN AGUSTÍN, *Las Confesiones*, Libro I, 1,1.

siglos transcurrido porque el Espíritu es el que suscita esa fascinación que sólo la Palabra y la invitación del Buen Dios puede hacer realidad.

¡Que nadie tenga miedo! Que las familias cristianas no apaguen la posible llamada que Dios hace germinar en el corazón de tantos niños y algunos jóvenes. Que creamos entre todos esa “cultura vocacional” que puede renovar las comunidades, las estructuras, la sociedad, porque sólo Él puede hacer nuevas todas las cosas (cf. Ap 21,5). Debemos desear todos que nuestra Diócesis cuide con esmero el lugar donde esas llamadas se escuchan, se disciernen y se forman. No podemos olvidar que el Seminario es esperanza. El Seminario es futuro. El Seminario es responsabilidad de todos.

Con todo afecto y mi bendición.



Leonardo
Boff de Azevedo



COMISIÓN EPISCOPAL PARA
EL CLERO Y SEMINARIOS
Subcomisión Episcopal
para los Seminarios

DEJA TUS REDES Y *Sígueme*



19-22 DE MARZO **DÍA DEL
SEMINARIO**



